ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

LA CASA DEL DUELO

SAINETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO MONASTERIO



MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º

ARREGUI Y ARUEJ
Greda, 15, bajo

1892

LA CASA DEL DUELO

[4]

LA CASA DEL DUELO

SAINETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el TEATRO LARA el 15 de Diciembre de 1892

ORIGINAL DE

RICARDO MONASTERIO



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

A Celso Lucio

Dedicándote este sainete intento pagar dos deudas; la de la dedicatoria de tu saladísimo «Gorro frigio» y la de mi amistad.

Si para deudas tan altas es pequeña la cantidad, suplan á esta mi deseo y el cariño que sabes te profesa tu amigo

Ricardo Monasterio

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA RITA	Sra.	Valverde
LUCÍA	Srta.	Blanco.
PEPE		Riaza.
DON RAMÓN	Sr.	Rossell.
DÁMASO		Ruiz de Arana.
MR. BROUTON		Larra.
CANUTO		Larra.
FELIPE		Mendiguchía.
BELMONTE		Ramírez.
SEÑOR MOLINA		Gonzalvez.
EL AGENTE		Fuentes.

Derecha é izquierda la del actor

ACTO ÚNICO

Despacho amueblado con lujo.—A la derecha, mesa de ministro con escribanía, libros, legajos, papel, etc.—A la izquierda, un velador-centro.—Sillón y sillas de despacho.—Al foro derecha, librería; á la izquierda, entredós ó jardinera con espejo, reloj y candelabros, cepillos de la ropa y de las botas, etc.—Puerta al foro, dos á la izquierda, una á la derecha, en primer término, y balcón en segundo.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA, DÁMASO, cepillando una levita que dejará sobre una silla, y PEPE, éste con librea de botones, aparece en la puerta del foro, cargado con paquetes y botellas

LUCÍA ¡Pues no vienes tú poco cargado!
PEPE Pues con lo que ha pedido Dámaso de la tienda.
DÁM. ¿Viene todo?
PEPE Todo.
DÁM. (Cogiendo los paquetes y poniéndolos en el velador de la izquierda.) Trae. Jerés... mansaniya... ¿Y esto?
PEPE El salchichón.
DÁM. (Desenvuelve y coge una raja.) Güeno... güen salchichón.
PEPE A ver.
DÁM. (Le enseña otro pedazo y se lo come.) Mira... ¡Que es mu güeno!
PEPE El jamón.

DÁM. Y los emparedaos, las pastas y los biscochos... ¡Ar pelo! (Comiendo.)

LUCÍA Pero, ¿has pedido todo esto?

DÁM. Tóo. Y que entadía me paese poco.

LUCÍA ¡Pero, hombre, estando el amo como está!

DÁM. Pues precisamente por eso. En estas cosas de los desafíos tóo er mundo come mucho... ¿Que viene un padrino? Pus dacatus. (Come.) ¿Que viene otro? Dacatus. (Idem.) Y nosotros, tan y mientras, me paese que no vamos á estar de bofeteo.

PEPE ¡Cá! Dacatus también. (Coge una tajada, y se la quita Dámaso.)

DÁM. También dacatus. (La come.) Y si luego er señorito sale bien... ¡figúrate!

LUCÍA Pero, y si en el desafío hieren ó matan al señorito, ¿qué se hace con todo esto?

DÁM. ¡Ah! Entonces.., nada; hay que traer más.

LUCÍA ¡Hombre!...

DÁM. Naturalmente. Mia tú, Guerriya, tráete der comeor unas bateas y unas copas.

PEPE Deme usted una tajada.

DÁM. ¡Vamos, niño, que eres más goloso que un abejarruco!... Esto no se toca... Tráete eso... (Vase Pepe por la segunda izquierda.)

LUCÍA ¡Pues, mira tú, que el amo está para bromas!

DÁM. ¿Y qué quieres? Estas cosas hay que tomarlas sigún vienen...

LUCÍA ¡Según vienen!

DÁM. (Comiendo.) Sigún vienen de la tienda.

LUCÍA ¡El pobre no ha dormido en toda la noche!

PEPE (Saliendo por la segunda izquierda con dos bandejas y copas.) Aquí está esto.

DÁM. Pónlo aquí, y desenvuelve.

LUCÍA ¡No ha hecho más que suspirar y escribir!

DÁM. ¡Toma!...

PEPE Gracias. (Coge una tajada y se la come.)

DÁM. Pero oye, tú, botonaura, ¿es que esto ha venío pá tí?

PEPE Como ha dicho usted, toma...

DÁM. He dicho ¡toma!... como una exclamasión... Vete ar resibimiento, y que entre tóo er que venga, que hoy va á haber aquí jubileo.

PEPE Sí; y usted mientras tanto...

DÁM. Oye tú, niño, lárgate ya, porque si no.

PEPE (Si no fuera porque ya lo he probao yo todo en la calle...) (Se va corriendo por el foro.)

LUCÍA ¡Déjalo, hombre!

ESCENA II

DICHOS menos PEPE

LUCÍA Pero, ¿qué habrá escrito esta noche el amo tantas horas?

DÁM. (Sentándose frente al velador, y siempre comiendo.) ¡Toma! Habrá estao hasiendo testamento.

LUCÍA ¿Será verdad?

DÁM. En casos como estos, hay que ponerse en tóo y prevenirlo tóo... (Comiendo.) y probarlo tóo.

LUCÍA ¿Tú crees que podrá ocurrir una desgracia?

DÁM. ¡La cosa más sensiya!

LUCÍA ¡Qué hombres! ¿Pero, á qué viene el desafiarse?

DÁM Porque no hay más remedio, mujer. Según parese, en er banquete de ayer mediaron insurtos y hasta bofetás. Er amo traía el chaleco yeno de grasa. Se conose que le tiraron un plato...

LUCÍA Pues que hubiera tirado él otro, y en paz.

DÁM. ¡En pas! ¿Y el honor?

LUCÍA ¡El honor!

DÁM. Es verdá, que tú no entiendes de eso. Pero los hombres nos debemos al honor, y cuando yega er caso se deja uno matar con cuarquiera, y se quea uno dimpués tan tranquilo.

LUCÍA ¡Te digo que yo tengo un disgusto!...

DÁM. ¡Pues mía que yo!... (Bebe.) ¡Ah! No es malo... no es malo el viniyo.

LUCÍA (Levantándose,) ¡Pero, hombre, cuánto tragas!...

DÁM. (Idem.) ¿Qué quiés, mujer? ¡Con er disgusto, ni tan siquiera sé lo que hago.

LUCÍA Con el disgusto se te aumenta el apetito.

DÁM. Natural. Como er corazón lo tengo metío en un puño, el estómago, que es un lagarto, se

aprovecha y se pone más ancho. Custión matemática.

LUCÍA Parece que sale el amo.

DÁM. Es verdá.

LUCÍA ¡Qué cara tiene!

DÁM. Que no nos vea de palique. Yo me queo; tu desfiladelfia. (Vase Lucía por la segunda izquierda.)

ESCENA III

DÁMASO y DON RAMÓN, que sale de la habitación del primer término derecha, de batín, con un periódico debajo del brazo. Meditando y accionando, da unos paseos por la habitación, sin reparar en Dámaso

RAM. Nada, que estoy mirando la cuestión por diferentes lados, y lo único que veo es que me revienta por todos lados.

DÁM. (¡Vamos, que está guiyate!)

RAM. Que me provea de valor... que me provea de valor... ¡Claro! Como si se proveyera uno de valor como de longaniza ó calcetines... ¡Y el bruto de Belmonte, empeñado en que debo batirme porque él es de Toledo y yo soy de Toledo! La culpa la tengo yo por ser de Toledo, y por haberle nombrado padrino... Pero, ¡cá! Si ni siquiera le nombré yo. Fué él, que se metió por medio, diciendo: «Déjame. Esto lo arreglo yo. Yo soy de Toledo, y esto correrá de mi cuenta...» No; y correrá... mi sangre... Y hasta puede que corra yo, como si lo estuviera viendo! (Dámaso sacude fuertemente la levita.) ¿Eh?

DÁM. Señorito, que soy yo.

RAM. ¡Ah! ¿Eres tú? Pues qué animal eres tú.

DÁM. No sasuste usté por ná en er mundo, que pa tóo hay que tener terniya.

RAM. Tobre todo, para que le rompan á uno la ternilla. ¿Has hecho mis encargos?

DÁM. Sí, señor; dende mú trempano no he parao pa que tóo esté ar pelo. Hasta estuve en er Juzgao.

RAM. ¿A qué?

DÁM. A lo der músico de la cuestión de ayer.

RAM ¡Ah! Sí; el que nos revienta con el figle.

DÁM. Justo; er vesino der cuarto interior, que se pasa la noche toca que toca sin dejarnos dormir, y que le faltó á usté ayer de mala manera, porque le mandó usté un recao pa que cayara.

RAM. Y ¿qué has hecho?

DÁM Ponerle las papeletas de desahusio pa que tenga que pescar er figle y se vaya con la música á otra parte.

RAM. ¿Estarías también en casa del profesor de esgrima?

DÁM. ¡Ah! Sí, señor; un franchute mu serio. Leyó su carta dusté y dempués me dió esas dos espás.

RAM. (Asustado coge con miedo una de las espadas, que estarán envueltas en papeles encima de las sillas del foro derecha.) ¡Ah!...

DÁM. Disiéndome que vendría dempués.

RAM. (Poniéndose en guardia y tirando.) Si se estuviera el otro quieto... Así, y así y así, se acababa todo y me hacía un favor muy grande.

DÁM. ¡Uy, uy, uy!

RAM. ¿Qué es eso?

DÁM. ¡Y que no está usté bien así con la espá en la mano!

RAM. ¡Ah! ¿Sí?

DÁM. Como que paese usté propiamente la estatua que en la plasa del Sirco le han levantao á Julio Ruiz.

RAM. ¡Parecer es!

DÁM. Y usté no se apure. A usté no va á fartarle ná.

RAM. Nada; ni un estacazo siquiera.

DÁM. Miusté que he traío tóo eso.

RAM. Hombre... ¿para qué?

DÁM. Pa que tóo er que venga vea que aquí no hay miedo.

RAM. No; ahí no; pero lo que es aquí...

DÁM. Además, también he comprao hilas.

RAM. ¡Hilas!...

DÁM. Pa si hasen farta. Y vendas, y mucha árnica y, en fin; miusté si seré yo prevenío, que

hasta, por si acaso, me he acordao de la unsión.

RAM. (Deja caer al suelo la espada, que Dámaso recogerá y pondrá nuevamente sobre una silla.) ¡De la unción! ¿También te has acordado de la unción?

DÁM. Sí, señor; que hay que ponerse en tóo. Y como yo sé que es usté cristiano viejo...

RAM. Cristiano, sí; pero á viejo me parece que no llego.

DÁM. Pus por eso. Yo de sobra conozco lo que son estas cosas.

RAM. Pero, ¿tú te has batido?

DÁM. ¡Anda!...

RAM. ¿Con quién?

DÁM. Con los carcas.

RAM. ¡Ah!... ¡Toma!...

DÁM. Y con un sordao de mi compañía.

RAM. ¿También?

DÁM. Estábamos un día dambos de cuarteleros, y dambos más aburríos que un gayo... que un gayo viudo, y se nos ocurrió echar detrás de una puerta un tute con una baraja abarquillá que tenía er cabo furriel escondía en un cabesal. El *mabía* acusao las cuarenta ya dos ú tres veses. Yo, viendo eso, le hago—sin querer—una trafuya. ¡Pum! Me suerta una gofetá de buten; tiro los barquiyos, pesco una bayoneta y sargo tras él que, corriendo, había tomao la querensia de su pueblo y al crusar un correor me doy de morros con el ofisial de guardia que venía al eco de la custión. Yo no le ví hasta toparme con él: él se echa pá atrás, levanta el pie...

RAM. Y te dió una patá en la barriga.

DÁM. ¡Cá! No, señor; al contrario.

RAM. ¿Se la diste tú á él?

DÁM. Que me gorví pa escapar y me la dió al contrario. Pero, si no, ¡maresita de mi alma! El gachó de la gofetá se guarda toa la bayoneta en el armasén de la tos. Con que figúrese ahora si yo pueo tené fantasía de servir á un señorito terne como usté, y si yo voy á premitir que en una ocasión como ésta le farte á usté ni la unsión.

RAM. Vaya, hombre, muchas gracias por los ánimos que me das.

DÁM. Y es que yo además me hago un cárculo.

RAM. ¿Qué cálculo te haces tú?

DÁM. Pues me digo: «que á mi señorito lo matan... bueno.»

RAM. ¡Malo!...

DÁM. Digo que bueno, porque yo le vengo á usté.

RAM. ¿Y cómo vas á vengarme?

DÁM. Pues voy y no paro hasta entrar á servir al mataor.

RAM. ¡Y lo envenenas! (Asustado.)

DÁM. ¡Cá! No señor; le siso hasta er pelo. Que no le matan á usté... ¡bueno!

RAM. ¡Buenísimo!

DÁM. Eso; buenísimo. Juerga por tóo lo arto, y...

RAM. Y me sisas á mí hasta el pelo, por haber matado al otro.

DÁM. ¿Se quiústé cayar? Si yo á usté le respeto hasta er pelo de la ropa y no quío que se le caiga, pa que...

RAM. Sí; para que tenga pelo cuando luego te la dé á tí.

DÁM. Por cariño tóo. Y, en fin, pa que usté se entere, que á mí me dá er corasón que usté lo escabecha.

RAM. ¿El corazón?

DÁM. No; al otro, al enemigo. Y la cosa, después de tóo, es muy sensiya. (Coge una espada.)

RAM. Hombre... vamos á ver eso.

DÁM. Usté coge la espá dacatus.

RAM. ¿Con que *dacatus* tengo que coger la espada? (Coge la otra.)

DÁM. Eso es. Y ¡zás! Un pie palante... y ¡zás! otro pié palante, hasta que caiga el otro.

RAM. ¿Y si no cae el otro?

DÁM. ¡Zás! ¡zás! Otros dos pies *palante*.

RAM. Pero, ¿tú crees que voy á batirme en cuatro pies?

DÁM. No, señor; quiero desir, que otra vez los dos pies palante, hasta...

RAM. Sí; hasta que el otro me ensarte, y, entonces á casa con los pies *palante*.

DÁM. (Dejan las espadas.) No piense usté en eso. Nai-

de se muere hasta que Dios quiere, y si no, miusté er coronel que vivía ar lao que ayer amanesió tan güeno y de repente le dió una *apología* y á los sinco minutos se queó como un gurrión frito, y hoy, ya lo muan ar simenterio.

RAM. Pues estoy temiéndome que mañana seamos otra vez vecinos. ¿Me has limpiado la ropa?

DÁM. ¡Ya está toa como er jaspe! La levita nueva, por supuesto.

RAM. Eso es. Tráela, me la pongo por si viene.

DÁM. ¡Meta osté!

RAM. ¿Quién sabe si me enterrarán con ella?

DÁM. ¡Se quiusté cayar! De ninguna manera.

RAM. ¡Ah! Tú me consuelas. ¿Cres que no me enterrarán con esta levita?

DÁM. No, señor; con otra más vieja. Con esta me queo yo pa recuerdo.

DÁM. Pero, ¡qué bruto eres!

DÁM. Pero si too lo hago por usté, por su interés.

RAM. Ya lo veo.

DÁM. Porque yo estoy en too.

RAM. Sí; hasta en la levita.

DÁM. Y yo á usté... Traiga usté le paso un sepiyo por las botas. (Se arrodilla y le limpia una bota en el aire.) Yo á usté, señorito, (Escupe.) le quiero como si fuá usté mi padre... es decir, (Escupe.) más.

RAM. ¿Más todavía?

DÁM. Mucho más.

RAM. Entonces, como si fuera tu madre.

DÁM. La fija. Y me gusta aconsejarle en too y darle (Escupe.) lustre en too.

RAM. Muchas gracias, hombre, ya lo sé; y si yo falto...

DÁM. (Escupe.) ¿Se quiusté cayar, señorito? Que me voy á emosionar, y que me voy á enterneser.

RAM. ¡Y que me vas á tirar!

DÁM. Apóyese usted. La verdad es que oyéndole desir eso, y pensando que usté pué muy bien fartar, (Escupe.) siento una emosión...

RAM. Muy triste, ¿eh?

DÁM. (Por la bota.) La otra. Tristísima.
RAM. Gracias, querido Dámaso; y si yo muero...
DÁM. Que no digasté eso. (Compungido.)
RAM. Ya te dejaré...
DÁM. Vamos, señorito...
RAM. Quince ó veinte duros para...
DÁM. Mardita sea... (Le tira del pié, dándole además con el cepillo y cae sobre él Ramón.) tu estampa.
RAM. Pero ¡animal!...
DÁM. La emoción... la emoción. (Levantándose.)

ESCENA IV

DICHOS y monsieur BROUTON, saliendo por el foro derecha

BROU. Pardón, monsieur.
RAM. ¡Ah!
DÁM. Er señor de las espás.
RAM. Pase usté.
BROU. Con *votre* permiso.
RAM. Déjanos.
DÁM. (Va á la mesa, echa vino en una copa y se lo bebe.) Con premiso. Este será er maestro de espás, pero er de copas, menda. (Vase foro derecha.)
BROU. *¿El es* á monsieur Yañez, que yo tengo *l' honneur* de saludar?
RAM. Servidor de usted, caballero. ¿Y usted es?...
BROU. Monsieur Brouton, *maitre d' armes* de la escuela francesa, la escuela italien é la escuela americain.
RAM. Vamos, sí; maestro de todas las escuelas. Pues supongo, caballero, que usted estará ya enterado de ..
BROU. ¿De vuestro pendiente lanse con monsieur Alvares?
RAM. ¡Ah! ¿Sabe usted ya?...
BROU. ¡Oh! En mi sala se sabe *todo de eso.*
RAM. Pnes yo, señor *Brutón*, en esto de las armas no las he visto en mi vida más gordas, aunque soy de Toledo.
BROU. ¡Oh! ¡Toledo!... La grand villa... la grande siudad.
RAM. ¿Ha estado usted?

BROU. ¡Oh! Oui, y he montado á la gran campana·

RAM. ¡Vaya una campana!

BROU. ¡Oh! Una campana, tres historique, tres antique, et tres artístique, y...

RAM. Tres y repique. Bueno; pues, como decía, le he llamado para que sea usted mi padre.

BROU. ¡Oh! No puedo serlo. Mi mujer *me haría* un disgusto.

RAM. Hombre, no. (¡Qué bruto es este tío!) Quiero decir para que me enseñe usted el modo de que pueda reventar á mi adversario.

BROU. Et bien. Usted tome la espada.

RAM. Vamos á ver.

BROU. Primeramente se pondrá usted en posición. La mano *gauche* hasia detrás... Así...

RAM. Vamos, sí; como si fuera á sacarme el pañuelo del bolsillo.

BROU. *Avant la poitrive.*

RAM. ¿Qué?

BROU. El pecho adelante... (Ramón echa adelante el pecho y el vientre.) No, la bariga no.

RAM. ¡Si van juntos!

BROU. Así. *La tete aussi.*

RAM. Así.

BROU. Le pié así. (Llevándole el pie derecho muy adelante y colocándole en posición violenta y cómica.)

RAM. Así.

BROU. *Et le main droit en avant, aussi.*

RAM. ¿Con que así?

BROU. Así.

RAM. Pues así me revienta en cuanto haga así.

BROU. Ahora, *regardez moi.*

RAM. ¿Que le riegue á á usté?

BROU. Que me mire usted bien.

RAM. Si, no le quito á usted ojo.

BROU. *Premier coup... coup* es golpe.

RAM. Venga el golpe.

BROU. Usted se tira á fondo así... *coup, coup.*

RAM. Sí; *cucú* cantaba la rana. Pero si lo que yo quiero es que me enseñe usted sin tantos coups, una estocada buena contra Alvarez.

BROU. Le puedo á usted enseñar una estocada para que pueda usted atravesar á su adversario.

RAM. Eso es.

BROU. Al tercer cambio.

RAM. ¿Al tercer cambio? Me parece ya tarde. Es mejor que me enseñe usted otra en que lo atraviese al primero.

BROU. ¡Ah! Esa no puedo.

RAM. ¿Por qué?

BROU. Porque esa estocada se la he enseñado esta mañana al señor Alvarez.

RAM. (Dándole con la espada.) ¡Ascsino! ¡Canalla!

BROU. ¡Ah, monsieur!

RAM. Infame matachín. (Le tira otro golpe y le da á Felipe, que entra por el foro.)

ESCENA V

DICHOS y FELIPE

FEL. (Saliendo.) ¡Caracoles!

BROU. ¡Ah, monsieur!

FEL. ¿Pero qué es eso?

BROU. *Pe metez moi. Je suis maitre d' armes* y vengo de llegar aquí para darle una *lession.*

RAM. Y se la he dado yo á él.

BRU. Et me ha dado sin reglas varios golpes de espada sin yo poder batirme, et usted será testigo de esta mia protesta, et moi en llegando á mi casa yo le enviaré al momento...

RAM. ¿Los padrinos?

BRU. La cuenta. Au revoir. Sacre bleu... (Vase por el foro.)

ESCENA VI

FELIPE y RAMÓN

RAM. ¿Te parece, hombre, te parece?

FEL. ¿Pero qué ha sido eso?

RAM. Que le llamo para que me enseñe una buena estocada, y dice que ya se la ha enseñado á Alvarez.

FEL. Pero, hombre, parece mentira. ¿Tú metido en estos lances?

RAM. ¿Qué quieres, si las cosas se ponen así? ¿Recibiste mi carta?

FEL. Sí; pero ya iba á venir en cuanto leí en *El Liberal* que tú...

RAM. ¿Pero publica los nombres?

FEL. Con todos los apellidos. Mira. «A consecuencia de una cuestión promovida ayer en un banquete político, se habla de un lance pendiente entre el Concejal don Zacarías Alvarez Salcedo y el conocido agente de Bolsa don Ramón Yañez Palacios.»

RAM. (Yendo á la mesa de la derecha.) *El Imparcial*, no dá más que las iniciales. Mira. «D. Z. A. S. y D. R. Y. P.»

FEL. Pero cuéntame cómo fué eso.

RAM. Pues verás. Siéntate. Estábamos ayer en ese banquete y ya casi acabando de comer. Por donde estaba yo sentado se habló de los Concejales, y yo metí mi cuarto á espadas, diciendo, no sé qué; pero no hablaba muy bien de ellos. De repente, un señor muy antipático, que estaba enfrente, y á quien yo no conocía, se encaró conmigo diciendo: «Usted, sin duda, es uno de tantos adoquines.» Yo, sin dejarle acabar, «y usted será un animal.» Nunca se lo hubiera dicho, porque ¡púm! me tiró un plato, poniéndome el chaleco lleno de grasa. Yo cojo el plato mío, que estaba lleno de langosta á la mayonesa, y ¡púm! le pongo la levita llena de condecoraciones. Excuso decirte. El levanta la mano para atizarme; yo levanto el pié... para echar á correr. Se mete Belmonte por medio diciéndome: «déjame á mí, que yo soy de Toledo.» Y ahí tienes en la que me ha metido por ser de Toledo.

FEL. Pero, hombre, si eso no tiene más remedio que arreglarse pacíficamente.

RAM. (Cogiéndole la cabeza por encima de la mesa.) ¡Ay, querido Felipe! Tú eres un amigo.

FEL. Vamos á ver... con calma y con precisión. El qué te dijo primero.

RAM. Pues «usted será uno de tantos adoquines.»

FEL. Muy bien.

RAM. ¿Muy bien?

FEL. Que eso no tiene importancia ninguna.

RAM. Lo mismo que digo yo.

FEL. Porque, vamos, tú vives en la calle del Desengaño.

RAM. Cuarenta y siete.

FEL. Y ahora precisamente están empedrando la calle.

RAM. Es verdad.

FEL. Pues bien puede haberlo dicho por uno de tantos adoquines como tiene la calle.

RAM. (Muy contento.) ¡Que muy bien puede ser!

FEL. Luego, inmediatamente... le llamaste...

RAM. Nada más que animal.

FEL. Bueno; pero ¿quién no es animal?

RAM. ¡Claro! ¿quién no es animal? Tú... Belmonte... todos...

FEL. Luego dices que él te echó á perder...

RAM. El chaleco.

FEL Que te costaría...

RAM. Seis duros.

FEL. Y tú á él...

RAM. La levita.

FEL. Que le costaría treinta y cinco.

RAM. No tanto. A los Concejales los visten muy barato.

FEL. Bueno; treinta y dos. Pues yo creo que cambiándose explicaciones mútuas y dándole tú ventiseis duros, que es la diferencia del chaleco á la levita, queda bien honrosamente zanjada la cuestión.

RAM. (Dando un golpe en la mesa.) Honrosísimamente.

FEL. (Idem.) Y él puede quedar satisfecho.

RAM. (Idem.) Y con una levita nueva.

FEL. Y ya no hay cuestión. (Levantándose.)

RAM. (Abrazándole.) ¡Ay, querido Felipe! ¡Cómo se conoce que tú no eres de Toledo!

FEL. ¡Cá! Yo soy de Arroyo del Puerco.

RAM. De ahí debía ser todo el mundo y no habría cuestiones nunca.

FEL. Naturalmente.

RAM. Bueno; pero y si por casualidad, á pesar de

todas esas cosas, ¿él no se conforma y no se arregla?...

FEL. Entonces, todo queda reducido á daros además...

RAM. ¿Más explicaciones?

FEL. Dos estocadas y en paz.

RAM. ¡Eh! ¡Caracoles! ¿Con que además dos estocadas?

FEL. Nada más.

RAM. Pues para ese viaje ¿qué necesidad tengo de pagarle la levita?

FEL. Es que esto lo digo para un último término, aunque á mí no me gustaría verte caer patas arriba.

RAM. Ni á mí tampoco.

FEZ. Porque yo tengo por seguro que si te bates, caes.

RAM. Hombre, que ya lo sé; y por la Virgen Santísima no me digas eso.

FEL. Bueno; pues voy á ver si encuentro á Belmonte.

RAM. Arréglalo, arréglalo tú que eres de Arroyo del Puerco.

ESCENA VII

DON RAMÓN luego PEPE y DOÑA RITA por el foro derecha.

RAM. ¡Pero qué horitas estoy pasando! ¡Virgen Santísima del Amor Hermoso! A cada paso estoy temiendo ver entrar á los padrinos del otro.

PEPE (Saliendo.) Señorito...

RAM. (¡Los padrinos!) ¿Qué quieres?

PEPE Una señora pregunta por usted.

RAM. (¡La madrina!) Que pase.

PEPE Pase usted. (Sale doña Rita.)

RAM. Señora...

RITA Usted sabrá quién soy yo.

RAM. No, señora.

RITA Digo que lo sabrá usted porque voy á decírselo yo.

RAM. ¡Ah! Pues lo sabré.

RITA Yo soy la señora de Alvarez.

RAM. (¡Demonio! ¡La mujer del otro!...) Tanto gusto...

RITA ¿A usted le extrañará que yo venga aquí?

RAM. No me extrañará, *porque va usted á decírmelo.*

RITA Y tanto.

RAM. (Hay que meterla miedo. Me las echaré de valiente.) Hágame usted el favor de tomar asiento.

RITA (Hay que meterle el resuello en el cuerpo.) (Va á sentarse en una silla que tiene una de las espadas.)

RAM. Cuidado. Ahí no.

RITA ¡Ah! (Va á sentarse en la otra silla y se encuentra con otra espada.) ¡Ah!

RAM. ¡Ay! Señora... ¡Caramba! Dispense usted; pero como soy de Toledo, tengo tanta afición...

RITA ¿Al mazapán?

RAM. A las armas blancas. En mi casa andan por todas partes: en el suelo, en la cama, sobre los muebles, hasta en los cuadros.

RITA ¿En los cuadros también?

RAM. Tengo siete Dolorosas y cuatro arcángeles Gabrieles.

RITA ¡Hijo! ¡Qué barbaridad! Es usted un estuche.

RAM. Sí, señora; el primero *la espada.*

RITA Pues, como decía á usted, yo soy la señora de Alvarez.

RAM. Dispénseme usted que no diga «por muchos años».

RITA ¿Por qué?

RAM. Porque ya supongo á usted enterada de...

RITA ¿Del desafío de usted con mi esposo?

RAM. Precisamente. Señora, yo lo siento, pero va usted á ser su señora por poco tiempo.

RITA ¿Piensa usted matar á mi marido?

RAM. ¡Phs! Puede ser, puede ser.

RITA A mi marido no hay quien lo mate.

RAM. ¿No?

RITA Cuando no le he matado yo.

RAM. ¡Usted!

RITA Mire usted; yo, antes de ser casada, era...

RAM. Soltera.

RITA — No, señor, viuda.

RAM. — Porque fué usted casada antes.

RITA — Dos veces.

RAM. — Entonces fué usted viuda otras dos.

RITA — Eso es.

RAM. — Pues lo va usted á ser tres.

RITA — Le digo á usted que no. Mis dos primeros maridos murieron al año de vivir conmigo. Este hace ya dieciocho años que vive. Es inmortal.

RAM. — (¡Zambomba!) Señora, yo lo siento; pero yo he tenido la desgracia de haber tenido muchos desafíos y he matado á mucha gente.

RITA — Pues por mucha gente que haya matado usted, tanta como mi marido...

RAM. — ¿Por qué?

RITA — Porque mi marido es médico.

RAM. — ¡Caramba!

RITA — ¡Y ha asistido á muchísimos desafíos y á muchísima gente, y yo creo que si se desafía con usted lo mata.

RAM. — Y yo también.

RITA — ¿Qué?

RAM. — Que yo también creo que lo mato á él, es decir, estoy seguro.

RITA — Pero, ¿por qué?

RAM. — Señora, ya le he dicho á usted que soy hijo de Toledo.

RITA — Y mi marido es hijo de Cabra.

RAM. — ¡Ah! ¿Es hijo de Cabra?

RITA — Sí, señor.

RAM. — Pues que sea enhorabuena; pero yo estoy muy amaestrado en la espada.

RITA — Mire usted que mi marido corta un pelo en el aire.

RAM. — ¿Con las tijeras?

RITA — Con la espada, así. (Marcando en sentido horizóntal.)

RAM. — ¿Así? Eso no es nada.

RITA — ¿Por qué?

RAM. — Porque yo le corto así, á lo largo. De un pelo hago dos.

RITA — ¡Hacer es! Debía usted meterse á peluquero. ¿Y quiere usted que le dé un consejito?

RAM. Venga.

RITA Pues que usted es el que debe dejarse matar.

RAM. ¿Sabe usted que no me conviene el consejito?

RITA Mi marido tiene cuatro hijos, y usted no tiene ninguno.

RAM. ¡Ah! Pero puedo tenerlos, señora; y vaya, señora, que no me convence usted.

RITA Entonces, dele usted explicaciones á mi marido.

RAM. Que me las dé él á mí, que me llamó adoquín.

RITA Dice que se equivocó.

RAM. ¡Ah! ¿Dice?... (Con alegría.)

RITA Sí, que quiso llamarle á usted zoquete.

RAM. ¿Con que zoquete?

RITA Sí; un pedazo de pan, una buena persona.

RAM. Entonces no ha pasado nada.

RITA Sí; entonces le llamó usted animal.

RAM. Pero se lo llamé, porque ya sabía que era hijo de cabra, y me parece que el hijo de cabra es animal.

RITA Sí lo es; pero él no está convencido de eso.

RAM. Pues convénzale usted, porque yo no puedo darle explicaciones.

RITA *Pues* lo siento por usted.

RAM. *Pues* muchas gracias.

RITA *Pues* que usted lo pase bien.

RAM. *Pues* igualmente.

RITA (*Pues* yo te daré á tí desafío.)

RAM. *Pues*... (Me revienta.) (Vase doña Rita por el foro derecha.)

ESCENA VIII

DON RAMÓN y LUCÍA, que sale por la segunda izquierda llorando

LUCÍA ¡Aaay! Señorito... ¡Ay, ay!

RAM. ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

LUCÍA Que ya estoy enterada del peligro en que está usted. ¡Ay! (Llorando.)

RAM. (Emocionado.) No llores, por Dios, hija. Muchas gracias.

LUCÍA Es que me da el corazón que le van á reventar á usted.

RAM. ¡Ya escampa! Mujer, por Dios...

LUCÍA Y yo no... quiero que lo revienten á usted.

RAM. Ni yo tampoco. (Llorando también.)

LUCÍA (Llorando toda la escena.) Y como yo le tengo tanto cariño, quiero que sepa usted que todo el tiempo que le he servido...

RAM. Me has servido muy bien, es verdad.

LUCÍA Por eso quiero que se acuerde usted de mí siempre.

RAM. Sí me acuerdo. ¡Pobrecilla! ¡Qué cariño!

LUCÍA Y que no me olvide usted en su última...

RAM. ¿En mi última hora?

LUCÍA En su última voluntad.

RAM. (Cambiando de tono.) Mira, vete á llorar á la cocina.

LUCÍA Es que yo... en el... caso de... una... des... gracia quisiera lle... varle... á usté... luto.

RAM. (Sollozando también.) Pues... llé... vaselo á tu abuelo, anda. (Vase Lucía por el foro.)

ESCENA IX

RAMÓN y el AGENTE por el foro derecha

RAM. Pues, señor, que con todas estas cosas es para tener ánimos. (Llora.)

AGENTE Está llorando. Debe ser de la familia. Caballero. .

RAM. ¿Eh? (Limpiándose los ojos.)

AGENTE ¿Es aquí la casa del duelo?

RAM. Sí, sí, señor. (Será un padrino.)

AGENTE Pues acompaño á usted en el sentimiento.

RAM. Muchas gracias. ¿Usted es?..

AGENTE Yo soy el agente del The...

RAM. ¿Del té? Yo no necesito té. Tila... tila...

AGENTE Caballero... el del The Funeral.

RAM. ¡Eh! (Con terror.)

AGENTE Si, señor.

RAM. Pero, hombre, ¿cómo viene usted tan pronto?

AGENTE ¿Cómo tan pronto? Es ya la hora.

RAM. Pero, hombre, ¿voy á ir vivo?..

AGENTE Mire usted la esquela.

RAM. ¡Ah! ¡Hombre, por la Virgen Santísima! Ese muerto no soy yo todavía. Es el vecino del otro cuarto.

AGENTE ¡Caramba! Caballero...

RAM. ¡Caramba! Que me ha dado usted un susto morrocotudo por la equivocación.

AGENTE (Muy avergonzado.) Como usted me dijo que esta era la casa del duelo...

RAM. De otro duelo, hombre de Dios.

AGENTE Lamento la equivocación y usted dispensará. Servidor de usted. (Vase por el foro haciendo cortesías exageradas.)

RAM. Vaya usted con Dios, hombre. ¡Pero que hoy no gano para sustos!

ESCENA X

DON RAMÓN y BELMONTE por el foro derecha

BELM. (Dentro.) ¿Está ahí?

RAM. ¡Atiza! El de Toledo.

BELM. ¡Hola! ¿No han venido los padrinos?

RAM. No.

BELM. ¡Ah! Pues vendrán.

RAM. Puede que no vengan.

BELM. ¡Ah! No tienen más remedio. Y si no vienen estate tranquilo.

RAM. Ya lo creo que estaré.

BELM. Porque voy yo á buscarlos.

RAM. ¡Verdugo! ¿Pero á tí qué te importa?

BELM. Vaya si me importa. Soy tu padrino, y yo soy de Toledo.

RAM. ¡Vaya! ¡Ya salió Toledo! Pues yo, aunque soy de Toledo... tengo mucho miedo.

BELM. Parece mentira.

RAM. Pues no lo es. Lo tengo y me da en el corazón...

BELM. ¿Qué?

RAM. Que me da en el corazón.

BELM. Pero, ¿qué te dá?

RAM. Pues me da en el corazón, que me da en el corazón una estocada.

BELM. Pero, ¿por qué crees eso?

RAM. Por muchas razones. Ya sabes que soy algo supersticioso.

BELM. Bueno, ¿y qué?

RAM. Pues, en primer lugar, que hoy es martes.

BELM. ¿Y para el otro no lo es?

RAM. El otro es concejal.

BELM. ¿Y qué?

RAM. Que es muy fácil que, en vez de una, le haya quitado dos hojas del almanaque y esté ya en miércoles.

BELM. ¡Hombre!.. ¡Parece mentira!

RAM Además, ¿has leído en *El Imparcial* los nombres?

BELM. Si no publica más que las iniciales.

RAM. Pues fíjate en ellas. El otro se llama...

BELM. Z. A. S.

RAM. ¡Zás!

BELM. ¿Qué?

RAM. Que ¡zás! Que me revienta. Y ahora las mías.

BELM. R. I. P.

RAM. *Requiescant in pace.* Ya ves.

BELM. Pero, hombre, ¿dónde vas á parar?

RAM. Al Este, de seguro.

BELM. Parece mentira, hombre, que tiembles así. Recuerda que eres de Toledo.

RAM. ¡Dale bola! ¿Pero es que los de Toledo tenemos que dejar que nos revienten? Además, precisamente por ser de Toledo es por lo que no debo batirme.

BELM. ¿Por qué?

RAM. Porque todo el mundo sabe que los de Toledo tienen el hueso dulce, y ese señor querrá probarme el hueso; la carne, bueno que me la prueben, pero lo que es el hueso, no me lo prueba á mí ningún nacido, aunque sea de Cabra, ¡ea!

BELM. Pues, mira, medio yo en la cuestión, y ó te bates tú con él...

RAM. O te bates tú.

BELM. O te bates conmigo.

RAM. ¿Le parece á usted?

ESCENA XI

DICHOS y CANUTO por el foro con un cornetín con funda y ridículamente vestido

CAN. ¿Dan ustedes su permiso?
RAM. ¿Eh?.. ¿Será?..
BELM. ¡Qué tipo!
RAM. Pase usted.
CAN. ¿El señor Yañez?
RAM. Servidor de usted. Siéntese.
CAN. Muy señor mío. Pues yo vengo encargado de una comisión enojosa.
RAM. (¡Dios mío! ¡El padrino!.. ¡Y trae ya las armas!)
BELM. Usted dirá.
CAN. Usted, caballero, según parece, tuvo ayer una cuestión.
BELM. Sí, señor. (¡Pero qué tipo!)
RAM. El mismo.
CAN. Pues yo, que además de ser compañero, soy amigo de...
BELM. Vamos, sí; se ha encargado usted de representarle.
CAN. Sí, sí, señor. El es algo vehemente, pero ha recapacitado y promete no molestar á usted más, y...
RAM. ¡Ah, caballero!.. No sabe usted...
BELM. Tú, cállate. Yo soy...
RAM. (Rápidamente y en alta voz.) Sí, de Toledo, pero yo ya no. Me mudo á Cuenca.
CAN. Y hace usted muy bien. Hay allí cada trucha, y...
BELM. ¿Usted está enterado de lo que pasó?
CAN. Sí, señor; me lo ha contado todo.
BELM. Y á pesar de los insultos y públicas ofensas, ¿cree usted por su honor que debe quedar así la cuestión?
CAN. Sí, señor; yo creo que sí, que cada cual en su casa sin molestar á nadie, por supuesto.
RAM. (Muy contento.) Naturalmente. El señor viene á darme una satisfacción.

CAN. Completa, sí, señor.

RAM. Y diga usted, en ese caso, ¿me hace usted el favor de decirme qué es lo que trae usted ahí?

CAN. ¿Dónde? ¿Aquí?

RAM. Sí, señor.

CAN. Pues un cornetín.

RAM. ¡Un cornetín!

CAN. ¡Un cornetín de pistón! ¿Qué le parece á usted?

RAM. Pistonudo.

CAN. Porque también yo toco.

RAM. ¡Ah! ¿También toca usted?

CAN. Vaya; sí, señor. Y hubo un tiempo en que á pesar de lo ingrato de este instrumento, me contrataron para tocarlo solo en un café.

BEL. ¿En cuál?

CAN. En el del Siglo.

RAM. ¡Hombre!... pues yo no recuerdo haberle visto á usted nunca.

CAN. Es que no toqué más que una noche.

RAM. ¡Hombre! ¿Y por qué fué eso?

CAN. Por envidias. La noche de mi debut, toqué la jota del *Molinero*, entonces muy en boga... y es claro, produje un efecto...

RAM. Ruidoso...

CAN. Sí, señor. Vuelvo á la noche siguiente, subo á la plataforma, empuño el cornetín y empiezan unas cuantas voces á decir: «Jota, jota, jota...»

RAM. ¿Y la repitió usted?

CAN. ¡Ay! No, señor; no pude.

RAM. ¿Por qué?

CAN. Porque mientras unos pocos decían: «Jota, jota; jota,» otros voceaban:

RAM. «¡Ele! ¡Ele!»

CAN. No, señor. «¡Cá, cá!» ¡Envidiosos! Total: aquella noche, que por cierto estaba lleno el café del Siglo, ¡se armó un escándalo!... Usted habrá oído hablar del escándalo del Siglo.

RAM. ¡Ya lo creo!

CAN. Pues, ese fué. Y á consecuencia de eso, el amo del café me echó á empujones.

RAM. ¿Le parece á usted, después de que en una sola noche le acreditó usted el café para siempre?

CAN. Que unos nacen con estrella...

RAM. Y otros con cornetín de pistón.

CAN. Y estrellados.

BEL. Bien, caballero; pero, volviendo á la cuestión, ¿usted está dispuesto á suscribir un acta en que se consigne lo que ha dicho usted?

RAM. ¡Hombre!... ya ha dicho que sí.

CAN. Sí, señor.

BEL. Debo decir á usted que el acta se publicará.

CAN. Bueno; por mí que se publique.

BEL. ¡Parece mentira! (Se pone á escribir.)

RAM. Choque usted, hombre. Con esa satisfacción me ha dado usted la gran satisfacción, y yo creo que usted no se negará ahora á brindar conmigo.

CAN. ¡Cá! No, señor. ¿Dónde? ¿Dónde?

RAM. Aquí. Siéntese usted.

CAN. ¡Caramba!

RAM. Coma usted y beba usted.

CAN. ¡Qué señor tan amable, y qué cosas tan buenas! (Comiendo.)

RAM. (Brindando.) Choque usted. Por el olvido de las ofensas y por nuestra amistad. (Bebe.)

CAN. (Idem.) Pues... por... nuestra amistad y por el olvido de las penas.

RAM. Vaya.

CAN. (Desde aquí hablará ya con la boca llena.) ¿Sabe usted que está bueno esto?

RAM. Pues coma usted y beba usted.

BEL. ¿Cómo se llama usted?

CAN. *Ca*nuto *Ca*lleja *Hue*te; pero mis compañeros, por abreviar, me han descompuesto el nombre y me llaman *Cacahué.*

RAM. ¿Tostao?

CAN. Cacahué solo.

BEL. Huete.

CAN. Pero, diga usted, caballero, ¿va á publicarse también mi nombre en los periódicos?

BEL. Naturalmente.

CAN. Pues hágame usted el favor de poner ya, de paso, que toco el cornetín.

BEL. ¡Hombre... por Dios!... eso no se usa.
CAN. Siendo de pistón, sí, señor; dispénseme usted.
BEL. Digo que no se usa poner eso.
CAN. ¡Qué lástima! Me hacía usted el gran favor.
RAM. Pero, ¡qué hombre tan campechano es usted!
CAN. (Ya con la boca llena.) ¿Sí, eh?
RAM. ¡Y qué francote, y qué alegre y qué comilón!
CAN. ¡Um... um!...
BEL. (Levantándose de escribir.) Ya está.
CAN. ¡Um!...
BEL. Oiga usted...
CAN. ¡Um!...
BEL. «En Madrid, etc... Personado don Canuto Calleja Huete...»
RAM. Cacahué.
CAN. ¡Um!...
BEL. «Representante y amigo de don Zacarías...»
CAN. ¡Um!...
BEL. «Alvarez Salcedo...»
CAN. (Atragantándose.) ¡Eh! Poco á poco... que yo no soy amigo de don Zacarías Alvarez Salcedo.
BEL. Pues, ¿qué es usted?
CAN. Nada; si no le conozco.
RAM. ¿Que no?
CAN. Ni le he visto en mi vida.
BEL. Pero, ¿no le representa usted?
CAN. ¿Yo qué he de representar?
RAM. Pues, ¿á quién representa usted, entonces?
CAN. A Berruguete, al que vive al lado.
RAM. ¿Al del figle?
CAN. (Comiendo nuevamente.) ¡Um!...
BEL. (Quitándole la tajada que iba á llevarse á la boca.) ¡Ya decía yo!
RAM. Mi gozo en un pozo.
BEL. ¡Toma la satisfacción!
RAM. Vuelta á empezar. No; ya no quiero más duelo; yo no me bato. Daré yo las explicaciones y las satisfacciones y todo.

ESCENA XII

DICHOS y el SEÑOR MOLINA, que sale por el foro derecha. Canuto sigue comiendo

MOL. ¿El señor don Ramón Yañez?

RAM. ¿Eh?

BEL. Este sí que es.

RAM. Servidor de usted.

MOL. Muy señor mío. Según parece, usted ayer, en un banquete, tuvo una cuestión con el concejal don Zacarías Alvarez.

RAM. (Ahora sí que no hay escape. ¡Y qué cara trae este tío!)

BEL. Sí, señor; y yo medié en la cuestión, nombrado...

MOL. ¡Ah! ¿Usted medió también?

BEL. Sí, señor.

RAM. ¿Qué medió? ¿Qué me diste?

MOL. ¿De modo que usted es uno de los padrinos de este caballero?

BEL. Sí, señor; tengo ese honor.

MOL. ¿Y este caballero será el otro?

CAN. (Negándose.) ¡Um... um!...

BEL. No, señor; el otro ya vendrá. Usted, por lo visto, ¿es el representante del señor Alvarez?

MOL. No, señor.

RAM. ¿Tampoco?

MOL. Soy representante del señor Gobernador.

BEL. }
RAM. } ¡Del Gobernador!

MOL. Al que una señora, que merece entero crédito, acaba de denunciar á usted como uno de nuestros primeros espadachines.

RAM. ¡Yo!

MOL. Sí, señor; usted, que ha hecho ya varias víctimas, y que sabe tirar mucho todas las armas.

RAM. ¡Pshé! Regular nada más. (Cogiendo la espada que habrá quedado sobre la mesa.)

MOL. Desde hoy, si se desafía usted ó si provoca á alguien, irá usted á la cárcel con sus padrinos.

RAM. Pues, mire usted; este señor, que es de Toledo, es el que me mete los perros en danza.

BELM. Yo no, no señor; precisamente estaba ahora empeñado en quitarle de la cabeza ..

RAM. Un pedazo.

MOL. Bien; pues ya están ustedes advertidos, beso á ustedes la mano. (Vase por el foro.)

BELM. Servidor de usted.

RAM. Aquí tiene usted la casa.

CAN. (Saludando.) ¡Um, um!

ESCENA XIII

RAMÓN, BELMONTE y CANUTO

RAM. Con que para que lo sepas de una vez. Yo soy un espadachín.

BELM. Pero, ¡qué callado te lo tenías!

RAM. ¡Psch!... Va vés... (Paseándose.) Y ahora que recuerdo... ¿sabes que debía hacer una cosa?

BELM. ¿Qué?

RAM. Pues desafiarme contigo.

BELM. Hombre... por Dios... ¿y por qué?

RAM. Por ser de Toledo. Pero, tranquilízate. Te perdono la vida.

BELM. Pues muchas gracias y quédate con Dios.

RAM. Pues que lo pases bien y... (Reparando asombrado en Canuto.) ¡Pero, hombre de Dios, todavía está usted aquí comiendo!

CAN. (Levantándose.) Diga usted, ¿no hay café?

RAM. ¿Café? Sí, señor; ¿no ha de haber?

CAN. (Levantandose otra vez.) Vaya...

RAM. Ahí enfrente hay uno; vaya usted á que lo ceben.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LUCIA, DÁMASO y PEPE, que salen por el foro izquierda, muy contentos al oir la música, dirigiéndose al bálcón

PEPE ¡Ya sale, ya sale!

LUCÍA ¿A ver, á ver?

DÁM. ¡Olé por la gente de rumbo y de sircunstancias musicales!

RAM. ¡Arza! Viva el jaleito y la gente triste de LA CASA DEL DUELO. Largo de aquí, sin vergüenzas.

DÁM. Pero, señorito, si es pa que puá usté irse al otro barrio con más campaniyas.

RAM. ¿Con que, sí, eh?

DÁM. Si ocurre y pudiá usté verlo, por estas que...

RAM. Por estas que el que se va al otro barrio y al otro distrito eres tú, sin poderlo remediar.

DÁM. Anda, sé güena y cariñosa pa resibir este... pago.

LUCÍA Cállate, que yo le convenceré.

CAN. Dígame usted; y yo, en definitiva, ¿qué le digo de parte de usted á Berruguete?

RAM. Ah, sí; pues dígale usted... que aquí se ha puesto usted como el chiquillo del esquiador.

CAN. [illegible] digo de... tocar.

RAM. ¡Ah, pues que toque, si no sopla mucho!

CAN. Pues tan contentos.

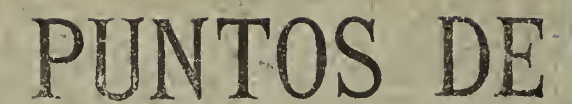
DÁM. Vaya, hombre, se acabó la custión.

RAM. Espérate, veremos.

Ahora mis inquietudes
veré pagadas
si ustedes nos conceden
cuatro palmadas.

TELÓN





PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9, Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Gutenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.ª, Infantas, 18; Escribano y Eche...; Plaza del Angel, 12; Viuda de Hernando, Aren... José María Jaquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, ...dos, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano ... Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, ...nanes, 10.

Pueden también hacerse los ... de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.
Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.
Habana: Manuel Durán, Oficios, 40.
Buenos Aires: Landeira y Comp.ª, Libertad, 16.

ARCHIVO MUSICAL

Se facilita en venta y alquiler todo el repertorio de zarzuelas y óperas para grande y pequeña orquesta,

Greda, 15, bajo